

LORENZO GODOY IN MEMORIAM

José Antonio Godoy Rodríguez
Peri

Entonces Chapín, en la carretera que serpentea el Valle de Agaete, era una finca de cultivos tropicales en explotación con una casa junto al cafetal, que tenía por vigía una palmera. Allí, un 2 de enero de 1945, vino a nacer Lorenzo Godoy y en aquel patio de flores, bajo el emparrado, dio sus primeros pasos antes de que su familia se trasladara al casco urbano de la villa marinera. Su infancia y adolescencia transcurrieron en un ambiente cultural bastante intenso para el Agaete de la época, donde la actividad teatral, plástica y musical llenaban lo cotidiano y propiciaron el desarrollo de una personalidad transgresora con las normas que le impedían crecer y avanzar y que, sin saberlo, le había iniciado en el *grand jeté* que fue su vida donde, su mente sin fronteras, planearía más allá de su cuerpo hasta el final de sus días.

Fue así como en su adolescencia lo encontramos en Las Palmas de Gran Canaria recibiendo clases de danza con el maestro Gerardo Atienza y participando de figurante en la puesta en escena de *The Médium*, de Menotti, en el Teatro Pérez Galdós en la que Lucy Cabrera, otra

agaetense insigne, protagonizaba la obra. Era la primera vez que pisaba unas tablas profesionales y, probablemente, el momento en que la magia de la escena se apodera de él para siempre.



Pero en la Canarias de los 50 era impensable concebir una carrera de danza y Lorenzo marchó a trabajar en una compañía petrolífera americana con sede en el Aaiún hasta que la guerra de Argelia lo devolvió al archipiélago. Ahora apuesta por Europa y, aunque su destino era la ciudad alemana de Dusseldorf, acabó en París, ciudad en la que el duende de la danza despierta y le lleva nuevamente a la barra. Después de seis años en la ciudad del Sena, regresa y se produce uno de los encuentros más felices y fructíferos para la danza y para Gran Canaria. De una parte, los años de experiencia y la técnica de toda una estirpe de la mítica escuela

Vaganoba de San Petersburgo que aportaba Gelu Barbu. De la otra, el ímpetu juvenil, la técnica dancística de la escuela francesa y las ganas de investigar nuevas formas en Lorenzo Godoy. Pero si importante fue el encuentro a niveles técnicos no lo fue menos a nivel social, cuando la danza salió de la academia para instalarse en la sociedad grancanaria del momento y Las Palmas de Gran Canaria respiraba danza y creación donde el artista, lejos de la funcionarización, luchaba por la independencia creativa haciendo del arte su política.

Los que tuvimos la suerte de contemplarle en su plenitud, aún conservamos la experiencia emotiva que con sólo pisar la escena transmitía. Su empeine y su nervio eran la expresión de una carrera tan intensa como su vida, dimensión en la que prefirió instalarse a pesar de lo efímero que es el arte de la danza. Y es que en Lorenzo era difícil distinguir la frontera entre lo personal y lo profesional.

ETAPA EN SOLITARIO.

De esta manera fueron muchas las veladas en las que su arte y sus espectáculos asombraron a un público asiduo y exigente, tanto en la época del tándem con Gelu Barbu como cuando afronta en solitario la experiencia del Ballet Contemporáneo de Las Palmas de Gran Canaria a partir de 1978. Si

antes le habíamos visto en el Bolero de Ravel, en el Amor de las Tres Naranjas de Prokofiev o en el homenaje a García Lorca, ahora es la gala de la UNICEF junto a Eva Borg, bailarina que fuera de las óperas de Berlín, Dresde y Roma, recorriendo el Mediterráneo y Lisboa para ser el primer Calixto mundial del ballet La Celestina. Después vendría Caracas, New Cork y México.



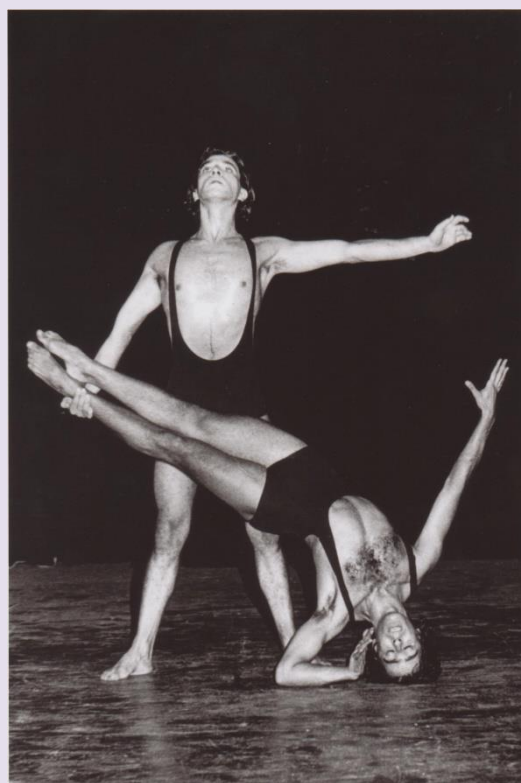
Y si importante fue el encuentro con Gelu Barbu, no menos lo fue con el pintor Fernando Álamo, momento en que pincel y movimiento se funden en un arabesque creador que, no sólo confluyó en la escena, sino que traspasó el halo de las candilejas. La estética renacentista miguelangeliana provocó y convocó a aquellos dos enfant terribles del arte de los 70 en el montaje David, el último. El derroche creativo del dúo davidiano hizo que la crítica especializada y el público al unísono consideraran el producto final como lo mejor. Todavía recordamos el pas dedeux de Ana Nery y Manolo Jiménez en contrapunto con la presencia arrolladora de Ángeles

Burgo y Lorenzo que para muchos ha quedado como el testamento dancístico del bailarín.

Lorenzo estuvo en la línea de liberar la danza del encorsetamiento del clasicismo, impregnándola de nuevas aportaciones producto de la investigación y descubrimiento que, para el momento, suponía ruptura y modernidad. A su juicio, la danza era teatro y, como tal, tenía que expresar las tensiones de la sociedad, lo que le valió el calificativo de veneno y pecado de la danza por parte de la crítica que lo apoyaba. Sabía que la pedagogía era el camino correcto para los que comienzan y para los que habían hecho de la danza su vida y su profesión, por eso nunca descuidó el trato continuo configuras de la danza y de la coreografía que enriquecieron su diapasón artístico y moldearon su concepción estética. De ahí su relación y las visitas a Gran Canaria de figuras como Serge Lifar, alumno que fuera de Nijinska y uno de los grandes bailarines de Diaghilev, o Monique Lancelot, que había sido directora y escenógrafa del ballet de la Ópera de París y había diseñado los decorados para la gala de UNICEF.

Recordar aquellos coloquios sobre la danza donde destacaron la maestría de Nina Vyroubova, primera bailarina de la Ópera de París y del Marqués de Cuevas, o nuestra Trini Borrull experta en danza española. Desde México se desplazaría Pilar

Urrueta y desde Perú Victoria Santa Cruz para indagar en lo primigenio del folklore popular y su aportación a la danza moderna. Lorenzo estaba convencido de que la danza no era sólo movimiento, sino sentimiento en la relación del hombre consigo mismo y esta vertiente había que buscarla en la danza primitiva desposeída de academicismo.



Sabía además, que la percepción de la vibración de la música era fundamental en todo bailarín y apostó siempre por el protagonismo de la música dentro del lenguaje de la danza. De ahí su relación y la selección de composiciones de Cruz de Castro, Julio Barry o Falcón Sanabria que complementaron sus investigaciones conceptuales hasta desembocar, en una noche memorable, en la playa de Las

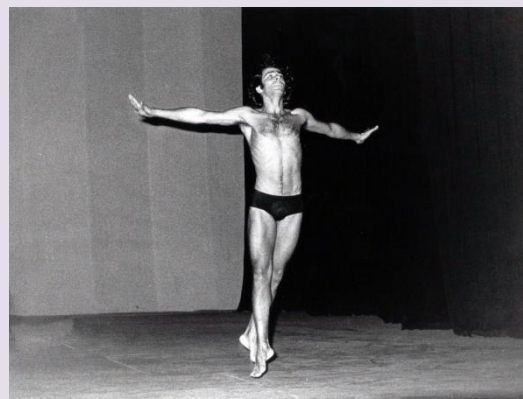
Canteras con su coreografía Sillas y Cuerpos en Dúos y Diálogos.

BALLET EN VÍDEO.

Que Lorenzo no estaba sólo lo atestiguamos todos los espectadores agradecidos cuando, además del trabajo en la academia, la investigación, las idas y venidas a París y el estreno de nuevas coreografías, inició el ciclo de Ballet en Vídeo en el Club Prensa Canaria. Pretendía que sirviera tanto para introducir al público en general en la danza, como para que el alumnado asumiera la formación básica que toda bailarina o bailarín debía tener. Su ingreso en el Museo Canario en 1982 era la consecuencia lógica de la plena madurez en la que se encontraba como maestro y como investigador. Sin embargo, los procesos administrativos nunca fueron bien digeridos por el bailarín de Agaete que observaba cómo los proyectos se apolillaban o se perdían en el cronos eterno de los despachos mientras él luchaba por establecer los estudios de danza y la creación de un ballet estable en Gran Canaria. De este modo aquel *grand jeté* que impregnó su vida se desvaneció un 25 de agosto de 1984.

Hoy quiero recordarle hablando de Agaete, su tema favorito a poco que te descuidaras. Sus vivencias de infancia y adolescencia eran hasta tal punto norma en sus

conversaciones, que consideraba un don haber nacido en la villa ya que



de no haber sido así, probablemente no hubiera sido bailarín. Su Eros y su Tánatos siempre estuvieron ligados a la villa que le vio nacer, donde su infancia era Agaete y sus sombras un gran bache entre Agaete y París. Lorenzo pensaba que el contexto histórico y los factores socioeconómicos, junto con la tradición cultural, mediatizan el desarrollo y la proyección del artista, tanto en su faceta de aprendizaje, aunque ésta sea autodidacta, como luego en la realización y en la aceptación social posterior. Por eso, cuando se cumple el XIX aniversario de su óbito, sería deseable para la salud colectiva de los pueblos y, concretamente para Agaete, descubrir y reencontrarse con la obra de sus artistas y hacerla suya, aún después de muertos, porque de nada le vale a un pueblo presumir de tantos artistas si su obra no revierte en el avance colectivo del mismo. Luchar por mantener las señas de identidad es un objetivo al que no sólo no debe un pueblo

renunciar, sino que debiera estar entre sus prioridades.

UN PATRIMONIO.



Si existe alguna fecha en el calendario que debiera servir de reflexión al mundo de la danza y al pueblo de Agaete y su gente, es la fecha en la que Lorenzo abandonó la escena de este mundo para siempre. Muchos quisimos ver en el homenaje que se le tributó en 1994 al pie de su escultura en el puerto de Las Nieves y la velada de danza posterior, el feliz comienzo de un encuentro anual en torno a su figura. Que no haya sido así no quiere decir que renunciemos a ello y considero que el próximo año, XX aniversario de su muerte, podría ser el momento oportuno para reivindicar su figura y su obra, siempre con el beneplácito familiar.

Si sólo se ama lo que se conoce, la única posibilidad que tienen las generaciones venideras (y ya va una que no le conoció) de mantener el arraigo y la personalidad como colectivo es que las actuales les transmitamos esas señas, que no son más que el patrimonio acrecentado y mejorado. Es irrefutable que Godoy forma parte de la historia de la danza en Gran Canaria y quién mejor que el pueblo que le vio nacer para reivindicar su figura. Por eso considero que es ahora un buen momento, desde la perspectiva que sólo el tiempo ofrece, para crear la Asociación Amigos de la Danza Lorenzo Godoy. El artista, su obra y la danza lo merecen y las generaciones venideras y Agaete también.

* Publicado en el periódico La Provincia/
Diario de Las Palmas en agosto de 2003.

GODOY RODRÍGUEZ, José Antonio, 2010. *A la sombra del flamboyán*, Canarias: Radio Ecça